

Amedeo Quondam, *El discurso cortesano*, ed. de Eduardo Torres Corominas,
Madrid, Polifemo, 2013, 462 pp.

FRANCISCO JAVIER ÁLVAREZ AMO

Grupo P.A.S.O.

A los hispanistas se les supone la capacidad de acceder a ensayos o estudios escritos en lenguas distintas de la castellana. A nadie se le escapa, sin embargo, que la existencia de versión española multiplica la repercusión de cualquier artículo o monografía. Es, por tanto, bien digna de encomio la iniciativa de ofrecer a los hispanohablantes esta selección de artículos del experto catedrático de Italianística de la Università degli Studi di Roma “La Sapienza”, Amedeo Quondam. El volumen, además, tiene poco de misceláneo, lo que es de agradecer, pues su editor, Eduardo Torres Corominas, ha considerado oportuno reunir los ensayos dispersos que el profesor Quondam viene consagrandos a investigar el ascendiente de Castiglione sobre la cultura italiana y europea de principios del siglo XVI. Todos los artículos fueron originalmente publicados en el lapso 2000-2006, excepto el primero, “Apuntes para el análisis del discurso cortesano”, que data de 1980. Un nutrido grupo de especialistas, que aparecen mencionados en la n. 1 de la p. 9, se ha encargado de verter los ensayos del profesor Quondam a nuestro idioma.

Amedeo Quondam reconoce que su veneración hacia el “architexto” de Baldassarre Castiglione raya, a veces, en lo obsesivo. *El libro del cortesano* es, en su opinión, el germen y el código de la modernidad, el reglamento de las sociedades del Antiguo Régimen, vigente en Europa desde el alba de la modernidad hasta la Revolución Francesa. Ya Peter Burke quiso calibrar el impacto del manual de Castiglione a través del estudio de sus impresiones, traducciones e imitaciones, en *Los avatares de El cortesano. Lecturas y lectores de un texto clave del espíritu renacentista* (1995 en inglés, 1998 en castellano). También Amedeo Quondam cree necesario investigar este frondoso *arbor textualis*, si bien su perspectiva es, por así decir, algo más interna, o algo menos externa, que la de Burke. De hecho, se podría considerar que los capítulos nucleares del libro son “Para una arqueología semántica de los libros de *institutio*: *El cortesano*”, en las pp. 209-265, y, en las pp. 267-310, “El *gentiluomo* arquero. La naturaleza, el arte y la perfección en *El cortesano*”, coda del anterior. Suponen un exhaustivo análisis del léxico característico de *El libro del cortesano*, con el objetivo deliberado de anticiparse a las malinterpretaciones a las que nos podría abocar nuestra familiaridad equívoca con vocablos tales como “corte”, “cortesano”, “príncipe”, “servicio” y “conveniencia”. Es sintomático, por ejemplo, que las palabras “ganar” y “ganancia” aparezcan veinticuatro veces en *El libro del cortesano*, y

que solo en dos ocasiones tengan que ver con el lucro dinerario. Lo que los cortesanos ganan, en la mayoría de los casos, es la “voluntad” y el “favor” de príncipes y damas (a las que, además, no se suele aplicar, lógicamente, la designación de “cortesanas”).

Con *El libro del cortesano*, Castiglione se propuso persuadir a sus contemporáneos de la necesidad de suprimir los modos de las cortes góticas y medievalizantes, basados en la brutal sinceridad de la camaradería militar o *compagnonage*, y asumir la elegancia y el disimulo del moderno *gentiluomo*, que, por cierto, Boscán no vierte como “gentilhombre”, sino como, precisamente, “gentil cortesano”. En este sentido, es revelador el ensayo que el profesor Quondam consagra a la reconstrucción del contexto inmediato de la enunciación de *El libro del cortesano*. En las pp. 311-338, en efecto, se investigan los motivos que pudieron conducir a Castiglione a situar su discusión en la minúscula corte de los duques de Urbino. Albergan especial interés las pp. 324 y siguientes, en que el profesor Amedeo Quondam reproduce y comenta varios de los retratos conservados de Federico y Guidobaldo de Montefeltro. Las representaciones de Federico de Montefeltro (1422-1482) constituyen, en mi opinión, la mejor sinopsis imaginable de *El libro del cortesano*: un hombre corpulento, de tez oscura, nariz ganchuda y apariencia amenazante, a quien vemos apaciblemente

sentado, con algún libro sobre sus manos de gigante, o escuchando, serenamente, la disertación del humanista de turno.

Y aquí comenzamos a advertir lo que *El libro del cortesano* y manuales similares tienen de propagandístico. Los humanistas necesitaban convencer a sus clientes potenciales de que eran absolutamente necesarios. En este sentido, son relevantes los capítulos “Pontano y las modernas virtudes del dispendio honorable”, en las pp. 79-121, y, en las pp. 159-208, “La *institutio* del moderno cortesano”. En el primero de ellos, Amedeo Quondam describe el contenido de los cinco opúsculos de Giovanni Pontano en torno a virtudes tales como, justamente, la liberalidad, que los humanistas tenían buenas razones para encomiar. En el segundo, se analizan dos manuales educativos, a saber: el *De ingenuis moribus et liberalibus studiis adolescentiae* (1400-1402), de Pier Paolo Vergerio, y el *De educatione* (1505), de Antonio de Ferrariis, dicho Galateo. Ambos insisten en subrayar las bondades de la educación a la manera humanista, en detrimento del tecnicismo, o, más bien, escolasticismo, del sistema universitario contemporáneo. Desde el punto de vista del hispanista, el manual de Antonio de Ferrariis es bien curioso, pues Galateo, con mal disimulado nacionalismo, no se para en barras a la hora de criticar la brutalidad e ignorancia de franceses y españoles. Ya Benedetto Croce reproduce, en *España en la vida italiana del renacimiento* (1915 en italiano,

1945 y 2007 en castellano), sus burlas a propósito de la caligrafía gótica de los españoles de su tiempo, “con sus inexplicables signos en forma de venablos, de áncoras y de ganchos”.

A los cortesanos dignos de tal nombre se les suponía el dominio de muy diversas actividades y competencias, entre las cuales adquiría suprema importancia la capacidad de sostener conversaciones elegantes y, de acuerdo con la *regula universalissima* del architexto de Castiglione, despreocupadas. Ello dio lugar a la publicación de manuales específicos, como la *Civil conversazione* (1574), de Stéfano Guazzo, de la que el profesor Quondam se ocupa en las pp. 65-71, y, de paso, a todo tipo de disquisiciones acerca de la manera más elegante, correcta u oportuna de introducir chistes, chascarrillos, bromas y ocurrencias en las charlas de palacio. En el capítulo “Del hombre ocurrente al hombre de ingenio. Apuntes sobre las raíces cómicas de Europa”, pp. 123-157, Amedeo Quondam investiga la aparición de lo que los franceses acabarían llamando *esprit*, que también tiene, por supuesto, sus raíces en Castiglione. La necesidad de ser a todas horas ingenioso y ocurrente hizo que se acabasen publicando repertorios de facecias, tan utilizados como criticados en todas las naciones de Europa. Según escribe don Luis de Góngora:

Que acuda a tiempo un galán
con un dicho y un refrán
bien puede ser,
mas que entendamos por eso
que en *Floresta* no está impreso
no puede ser.

Amedeo Quondam se disculpa, a mi modo de ver innecesariamente, por remitir a quienes estén interesados en conocer el funcionamiento y prestigio del *esprit* cortesano a la soberbia película francesa *Ridicule* (1996), de Patrice Leconte. Nada más ilustrativo, en efecto, de las maneras de la conversación cortesana que la respuesta del protagonista, Ponceludon de Malavoy, a Luis XVI, cuando este se ofrece como asunto de algún chiste: “Le Roi n’est pas un sujet”, lo que quiere decir, a la vez, que el Rey no constituye asunto adecuado para bromear y, en evidente tautología, que el Rey no es un súbdito.

Lógicamente, los estudiosos de la Literatura, con nuestro inevitable reduccionismo, apenas estamos interesados en aquellas actividades cortesanas que no tengan una estrecha vinculación con el discurso literario. El ensayo “Sobre el Petrarquismo”, en las pp. 381-457, juega malignamente con nuestras expectativas, pues, en lugar de ofrecer disquisiciones en torno a

este movimiento, banderín de enganche de la que Amedeo Quondam denomina, en algún momento, la Internacional Humanista, investiga más bien el discurso petrarquista en su vinculación con las artes musicales, a través de la consideración de diversos datos acerca de la musicalización de madrigales y otros tipos de composiciones. Es, en este sentido, bien interesante el *ranking* de los diez madrigales italianos más musicalizados de los siglos XVI y XVII, en la p. 428. Ignoro si existe el equivalente castellano, pero me da la impresión de que no sería mala idea exigir mayor atención a los libros castellanos de música, sobre todo si se tiene en cuenta que el primer libro de música instrumental impreso en España se debe a Luis de Milán, a quien el profesor Quondam trae a colación, en las pp. 36-37, para demostrar la dimensión europea de *El libro del cortesano* de Castiglione.

Los hispanistas, pues, tienen mucho que aprender de los ensayos aquí recopilados. Sin embargo, es posible que lo que más les pueda interesar del volumen sea la lectura que el profesor Quondam propone de las obras y trayectoria de Antonio de Guevara, el célebre obispo de Mondoñedo. A Guevara se consagran algunas páginas en el primer capítulo, 47-60 y 72-77, y el ensayo “Adiós a la Corte. El *Menosprecio* de Antonio de Guevara”, en las pp. 339-380. Amedeo Quondam considera que el *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (1539) viene a ser palinodia y refutación, si bien con algunos

matices, del *Libro del emperador Marco Aurelio con el relox de príncipes* (1529); llega, incluso, a llamar “integrísta” a este postrero Guevara. Debo discrepar, en esta ocasión, y remitir a *La sociedad cortesana* (1969 en alemán, 1982 en castellano), de Norbert Elias, libro con el que A. Quondam dialoga fecundamente, y, en concreto, a su hermoso capítulo octavo, “Sobre la génesis social del romanticismo aristocrático en el curso del acortesanamiento”, pp. 285-350 de la edición castellana, en que se sostiene que la nostalgia de la vida campesina viene a ser un componente característico del discurso cortesano, y no, en modo alguno, su deconstrucción.

Esta recopilación de artículos, según ha podido verse, tiene mucho que enseñar a quienes investigan las letras castellanas de comienzos de la modernidad. Viene, además, a deshacer el agravio que suponía que no fuese posible leer a Amedeo Quondam en nuestro idioma. Y es que los ensayos aquí recopilados tienen, entre otras, la virtud de compartir con su objeto de estudio, *El libro del cortesano* de Castiglione, cuando menos, dos características: elegancia en el estilo y vocación europeísta.